

Segunda época

I

Y comencé a desempeñar en la vida un papel que me alentaba hacia más altos fines; iba ya sorbiendo a pequeños tragos el elixir vital; me encontraba fuerte, sano de cuerpo y espíritu; únicamente turbaban mis sueños ligeras punzadas por las que el corazón me indicaba que no tenía padres, y que algún día había alimentado con sus latidos pasiones miserables y ruines.

La vida se me aparecía como un problema de observación, un gran texto antiquísimo, palimpsesto borroso donde muy pocos aciertan a leer y a desmenuzar sus ideas, quizá sublimes; y los raros hermenéuticos que logran, con grandes trabajos, interpretar alguna de sus ideas los comprende la humanidad bajo el epíteto de locos. Los psicólogos representan en la sociedad algo extraordinario, y para mí ridículo, puesto que sus miradas y lucubraciones se extienden a los desconocidos engranajes del espíritu, siempre inaccesibles a nuestra concepción. En esta vida —como ya dejé entrever antes— el alma sufre, y sufre por su completa subordinación a las acciones carnales, porque representa para ella una purificación o una penitencia, o porque, para su más perfecto bienestar en lo futuro, requiere una visión clara de los vicios y de los extravíos. Ocupa en la existencia humana un papel de espectador, pero de espectador sensible, no ajeno a las penas ni a las más grandes cuitas.

Tal era la visión que yo tenía del alma y de la vida por aquel entonces, cuando se me presentó el caso de tener que ocupar mi actividad hacia el encuentro de subsistencia, puesto que mi cualidad de hombre libre implicaba también, en sí, la obligación de mi sostenimiento.

Lo primero que hice al llegar a la ciudad fue verme con Capilla, quien se encontraba en la misma, prosiguiendo sus estudios; hacía tiempo que no nos veíamos, y esto aumentaba mis ansias de hablarle; lo encontré en el balcón de una casa de huéspedes, dirigiendo su vista a la calle polvorienta y sucia; le llamé desde abajo, y tan abstraído estaba, que fue preciso que repitiera por tres veces su nombre para que se diera cuenta.

—¡Sube!— me gritó.

Le encontré en la mitad de la escalera, nos dimos un abrazo fraterno, cruzamos unas cuantas palabras incoherentes; la emoción, con sus barnices suaves, nos atacaba el corazón impidiéndonos casi hablar; diríase que no nos habíamos visto desde hacía algunos años.

—Chico, ¡qué sorpresa! Cualquiera esperaba verte por aquí; a quien esperaba era a tu carta, pero en vano...

—Dispensa; pero la vida, sus golpes... etc., nada, que estoy condenado a grandes emociones.

—Bueno, Antonio, siempre lo mismo; me dijeron que andabas mal con tus tíos.

—Mal, no; pero la diferencia de temperamentos: él es un pobre hombre vulgar, buenazo, pero *tonto*; y ella es insoportable, enamoradiza...

—Estás pálido, querido amigo, algo te ha sucedido, cuéntame, nada tiene de particular que te confieses conmigo, ya que, bueno... las circunstancias te han privado de otros, deposita en mí la confianza y el cariño.

Y le conté todo, con infinidad de detalles, no omitiendo ni las escenas que pudieran atentar al honor de mi segundo apellido, encarnado en aquella familia. Félix se extrañaba unas veces, y otras parecía condolerse de mi situación; en seguida vi que no comprendía el ciclo formativo de la pasión que, por aquel tiempo, se adueñó de mi sentimentalismo exhausto; me esforcé por demostrárselo, en vano; su vulgaridad, inconcebible en un hombre como él, le dictaba contra mí reproches mortificantes, hechos punibles inmensamente grandes...

—Antonio, nunca te creí capaz de semejante villanía; lo que has hecho...

Yo le interrumpí, se me clavaban —como puñales— sus palabras en el pecho y me hacían dolor, un dolor terrible, y le dije: ¿Pero es posible que tu razón no se dé cuenta del alcance de ese amor, que bajo el disfraz de los cariños maternos se apoderó de mis fibras sensitivas, acariciando finamente todas sus ansias inefables? Capilla, reconoce y date cuenta de que yo no tengo padres, de que me encuentro en el mundo amparado aún, para mi desgracia, por una palpitación del corazón; figúrate que una mujer, una madre posa en él sus alientos vivificadores y que no es posible rehuirlos, sino que, cual homogeneidades súbitas, se unen en conjunción inseparable y magna; después, querido Capilla, la edad joven, la llamarada falsa del corazón amado, los efluvios de una carne fresca y ardorosa se encargaron de cambiar los sentimientos para dar paso a un sacrilegio, a una villanía...

Capilla, oyendo mis explicaciones, parecía convencerse; sin embargo, no cambió su faz ni la sorpresa de la narración ni la impresión de la aventura.

—Casi te disculpo —me dijo luego—; por lo demás, has hecho bien en venirte, te has librado, quizá, de muchas consecuencias que pudieran resultarte funestas; y ahora, ¿qué piensas hacer?

—Traigo una carta para don Miguel Velasco, y espero que podrá colocarme en alguna oficina; pienso terminar el Bachiller y seguir, como antes, una carrera. Pero te advierto que es raro que no me preocupe más esta situación mía tan indefinible. No temo a la vida, le concedo muy poca importancia; casi agradezco todo lo que me ha pasado, porque ha hecho que desaparezca de mi inteligencia el poder que sobre ella ejercía el corazón; creo he conseguido relegar su influencia a último término, por lo que estoy completamente contento.

—Pero, hombre, el corazón, el corazón es muy necesario e imprescindible que lata para alcanzar la felicidad de una persona. ¿Cómo comprendes la vida sin el amor en algo?

—No me has entendido, ahí está el quid, que no concebís el amor sin intercalar entre sus párrafos las traiciones del corazón. Yo amo la Naturaleza, yo adoro todo lo incomprendido porque presiento en su mutismo algo grande y adorable. El corazón es el intermediario para amar la raza, para amar la humanidad, para amar la corrupción; la inteligencia se encarga, por otro lado, de dirigir sus amores a otras frondosidades más perfectas y puras; admiro a un Darwin, no solamente por creer en sus teorías, sino también porque empleó su capital, su vida y su energía en estudios y problemas, cuya solución y comprensión vulgarizada sería el soñado medio de alcanzar la cultura y el dominio correspondientes a una sociedad que pretende conmovernos con investigaciones bíblicas; dejemos en paz a los ídolos, olvidemos los dioses, cuya presencia data de los tiempos incultos, de la barbarie primitiva, del fanatismo oracular...

Capilla me oía, quizá sin comprenderme; al fin se dispuso a hablar; yo sentí cierta curiosidad por conocer sus pensamientos, sus opiniones; veía en él cierto exagerado realismo y más grande admiración por las miserias terrenas.

—Si te he de decir la verdad, tus palabras han producido en mí la impresión de un cuadro negro en el que nada se lee; ni tú mismo sabes lo que te dices, todo eso es un lío que nadie entiende, digo más, no creo en ninguna teoría filosófica; mientras que no me demuestren lo contrario, afirmo que la filosofía es un puro mito; ahí cada uno dice su cosa y todos tienen razón; la filosofía es un rompecabezas, con la diferencia notable de que no tiene solución, esto es, que es imposible hallar la situación de acuerdo con sus principios.

—Sin embargo, no me negarás que un Nietzsche...

—Nada, yo no le concedo importancia; para mí es uno de tantos que han conseguido volver locos a muchos hombres; no tienes más que hacer una visita a un manicomio y verás a todos los alienados cómo filosofan, cómo afirman y niegan, utilizando una aplastante lógica.

—En parte estoy de acuerdo —le contesté—; pero en otros extremos como la superficialidad del sentimentalismo, la intensidad del corazón, no puedo pensar como tú.

—¿Cómo concibes la caridad sin el corazón, el bienestar familiar, la ética societaria, las relaciones humanas, etc...?

—Estás equivocado, Capilla; el corazón no interviene para nada en esas acciones, o, por lo menos, no debe intervenir; un acto filantrópico debe realizarse a instancias de la razón que nos presenta a la vista la necesidad del prójimo, no a sutilezas del corazón sensible (1); y te voy a demostrar que el mantenimiento de esa tesis tuya nos transporta a la temeridad irreflexiva; pongamos un ejemplo: Un hombre que no sabe nadar se encuentra con que desde la orilla ve ahogarse a un naufrago, el corazón le aconseja que se tire al agua para salvar de la muerte a un hermano, pero la razón se opone, porque sus fulgidos rayos no entrevén buen final, sino la muerte de ambos; el predominio racional hace que la temeridad se deje a un lado; no debe censurarse la acción de ese hombre. En cuanto al bienestar familiar, digo lo mismo, la razón...

—Ridiculeces, Antonio, huimos de la filosofía y nos internamos en ella; yo declaro no estar preparado para aventurarme en visitar sus lobregueces ocultas; hablemos de otra cosa, ¿no comprendes? Cuando realizamos un acto filantrópico da lo mismo que lo guíe el corazón o la razón, lo importante es el acto mismo, no el medio de su desarrollo, eso no interesa a nadie.

Hablamos otro poco de cosas sin importancia, y nos separamos. Yo salí a la calle, ocupando exclusivamente mi cerebro la situación de mi amigo; lo encontraba muy cambiado, habían aumentado en él las visiones del positivismo, los anhelos algebraicos, en resumen, ya me lo figuraba un hombre ordinario, estudioso, trabajador, pero todo encaminado a crearse una admiración entre sus semejantes, o dispuesto a adornar sus concupiscencias con queridas incontables, esto es, dentro de nuestro común laicismo, un hombre opuesto a mi manera de ser.

Eran las doce de la mañana y me dispuse a ir a casa del señor Velasco, para hacerle presente mi aspiración y mostrarle la carta que llevaba de mi tío; su domicilio estaba enclavado en una calle céntrica; subía animoso, con la plena ilusión de hablar con el mangoneador de la provincia. Llamé y me introdujeron en una salita muy bien amueblada, donde había de esperar a que salieran unos señores que despachaban con él en aquellos

momentos; también esperaban otros dos, que daban vivas muestras de impaciencia; pues llevaban esperando, según me dijeron, más de una hora; yo me coloqué cómodamente en un amplio butacón, dispuesto a esperar hasta el fin del mundo; no sentía prisa, por lo tanto, pronto se apoderaron de mi mente los más heterogéneos pensamientos y las más extrañas cavilaciones. De pronto se abrió la puerta, dando paso a otro visitante; era un facistol ridículo, que a los dos minutos, no hacía más que mirar el reloj, alternando unas veces en su pulsera y otras en el soberbio de oro que pendía de una cadena del mismo metal; lo sobaba entre las manos largo rato, como mostrándonos su grandioso valor, luego se aderezaba el nudo de la corbata y comprobaba si permanecía bien el alfiler-perla que exornaba su pechera con un brillo metálico; el traje impecable; un hongo que, en aquella cabeza estrecha y larga, parecía un aderezo de *clown*; no sé por qué, pero se me hizo antipatiquísimo; pronto se puso a hablar de política, y no callaba, aunque sus palabras no hallaban eco; a mí me estaban dando deseos de mandarle callar; dijo que era Abogado, aspirante a diputado, y venía a hablar con su *íntimo amigo* de asuntos de alta política, urgentísimos, y terminó manifestando que agradecería le dejásemos pasar el primero, ya que los asuntos generales que tenía que tratar con él eran importantísimos y bien podían posponerse a ellos otros *asuntillos* particulares. A su indicación respondimos con un absoluto mutismo y volvimos la cabeza; entonces se calló, e hizo un gesto, como diciendo: «Son ustedes unos ineducados».

Por fin, tras un largo rato de copiosa paciencia, llegó el momento de mi entrevista y penetré en el amplio despacho, que parecía exhalar un cierto efluvio de rabulería y engaño; junto a una mesa, cargada desordenadamente de papeles, se encontraba don Miguel Velasco, escribiendo unas notas a la vez que dictaba a un secretario ciertas órdenes urgentes; pude oír la siguiente frase: «... si no hay que escribir a Madrid, de todas formas...» se interrumpió al verme entrar. Era un hombre de unos cincuenta años, casi calvo, de facciones rígidas y enérgicas, ojos vivaces y saltones, bigote, formando dos guías ligeramente encaminadas hacia arriba; era, en general, el tipo de hombre de negocios, esto es, de éstos para los que la política es un negocio amparador, un medio de fuerza, un apoyo necesario en cualquier empresa fuerte; su actividad e indudable valía en las artes del engaño le habían llevado a la jefatura de un partido en la provincia, habiendo desempeñado algunos altos cargos que le conferían el muy honroso de *ministrable*. Hizo un gesto de extrañeza, y, sin dejar de mirar unos papeles, díjome:

—¿Tú, qué quieres, muchacho?

Le mostré mi carta, que leyó rápidamente; pareció alegrarse, y, al momento, dijo:

—Muy bien, casualmente desde ayer está vacante una plaza en mi secretaría, de forma que puede usted quedarse.

—¿Le gusta la política?

—Me encanta —le conteste—, la considero como el supremo arte del hombre, soy discípulo de Rousseau, y, políticamente hablando, he formado mi espíritu en sus libros y en los de Montesquieu y Voltaire.

—¡Caramba! Es usted demasiado listo, sin embargo, amiguito, hay que tomar las cosas más prácticamente, nada de romanticismos en política; todo lo evolucionador en un sentido rápido no es más que teoría, pura teoría cuyo desenvolvimiento real se verifica bajo los mismos cauces antiguos, o lo que es lo mismo, no varía mas que la forma; toda revolución

es romántica, se funda en romanticismos, no en sentimientos reales, y de ahí viene el fracaso. Ya me habla su tío de estudios. ¿Qué carrera piensa seguir?

—Estoy terminando el Bachiller, y, después, no sé todavía cuál será la carrera de mi agrado; mi padre quería que me hiciese abogado, pero creo optaré por la de Letras porque me entusiasma la literatura, el hermoso medio de propagar grandes ideas, de influir en los ánimos sobre ciertas determinaciones, etc.

—Bien, aquí puede usted venir por las mañanas y dedicar el resto del tiempo a sus estudios; ganará 150 pesetas al mes; ánimo y a trabajar mucho; le felicito por sus buenas disposiciones, entreveo en su fuerza imaginativa un gran carácter político, quién sabe si un Richelieu o un Bismark.

—Y ¿por qué no un Cromwell o un Mirabeau?— le contesté con serenidad y firmeza.

Se me quedó mirando fijamente, como extrañado; después me preguntó:

—¿Qué edad tiene usted?

—Cumplo en el actual mes diez y siete años— dije, ocupando mi cara una sonrisa de explicable orgullo.

—Mucho cuidado con las lecturas, amigo mío, los jóvenes son ustedes un campo muy abonado para, en él, fructificar toda idea rebelde; esos dos señores, que cita, existieron en *su tiempo*; el primer cuidado que hay que tener, al empezar la vida, es adaptarse al siglo, a *su siglo*. Hoy no existen más que dos tipos de revolucionarios: primero, los descontentos por intuición que son, como si dijéramos, políticos alienados; y segundo, los demasiados vivos, que, desde su puesto de oposición, obtienen muy buenas ganancias, porque se les teme por su talento o por su decisiva influencia en determinada opinión; de modo, querido, que deseché esas teorías, y abra a la realidad las luces de su entendimiento que pueden ser muchas.

Yo hice como que afirmaba; en aquellas circunstancias sería casi una falta de educación discutir; además, temía meter la extremidad, pues me parecía más eminente de lo que en realidad era la figura de aquel político. Así es que pedí permiso para retirarme, quedando en volver al día siguiente con objeto de comenzar mis servicios oficinescos.

Durante todo aquel día pensé mucho sobre las palabras que había oído; yo sentía afición por la política, afición que me llevó a releer varias obras de hombres ilustres; esas lecturas y el diario empape de noticias en los periódicos constituían toda mi muralla de conocimientos en la materia. Poseía una idea bastante exacta del balanceo político de la nación, conceptos, comentarios propios, viniendo a formar todo mi clara visión individual.

Aquella noche escribí a mis tíos, dándoles la noticia de mi fácil colocación; fue una carta fría, más bien fórmula, pues mi manera de ser no permitía otra cosa. Desde la muerte de mi padre, sentía una especie de soledad confortable; este carácter aumentó con el colofón cruel de mis sentimientos respecto a la tía, todo lo cual contribuyó a formar duramente en mi razón la imagen solitaria de un individualismo llevadero. Representaba mi idiosincrasia el triunfo definitivo de la razón sobre la sensiblería, esto es, del supremo realismo íntimo sobre las impresiones sutiles y cariñosas de la vida. Por esto, vislumbraba en mi existencia una victoria realizada, un triunfo cuyo fin sería la claridad ahíta de sinceridades; en medio de todo, el optimismo reinó en mí. Ya oigo a los timoratos preguntarse: «¿Y el recuerdo de los padres amados? ¿Y los imperiosos ademanes de la sangre? ¿Y la fuerza del amor?»

Después de estas confidencias yo quedo comprendido para la sociedad en un ser, si no repulsivo, extraño, pero de un exotismo que radica en la supresión completa de la sensibilidad. Yo podía contestar: de ninguna manera, me impresionan debidamente los hechos y las escabrosidades vitales, siempre he ambicionado un carácter imperturbable a la timidez, capaz de transportarme al tupido velo de lo desconocido sin inmutarse, sin señalar en su semblante ningún síntoma de cansancio, de fatiga o de incomprensión; y, para esto, se necesita una pérdida total de superchería sensiblera, el adecuar la vida a los dictados de la razón, no a las impresiones súbitas del ánimo.

Púseme a estudiar y a leer con acendrado estímulo; notaba grandes necesidades de una cultura amplísima, que reuniese en sus fibras doctas los extremos más distanciados y los medios más pacíficos. ¡Ah! Cómo al leer el glorioso *Fausto* de J. W. Goethe encontraba en sus páginas el fruto de aquella vida eminente, recogiendo diversos conocimientos, diferentes estudios, todos poéticamente resumidos en las cuartillas cuya confección gloriosa costó a Goethe casi sesenta años de su existencia. Y yo pensaba: ¡Si cada hombre ilustre escribiera un *Fausto*!

Consecuencia de la lectura de una biografía, me entraron unos grandes e irresistibles deseos de escribir, reconocía las bellezas del arte literario y poco tarde en exteriorizar mis aficiones. Aquel mismo día púseme a escribir un artículo sobre la evolución científica a través de los siglos, y la influencia que en ella debían tener las sucesivas leyes biológicas de los pueblos. Resultó con gran numero de asonancias y no menos atropellos artísticos, pero conseguí mi deseo, que era hacerme comprensible. Fue mi primer trabajo literario y se publicó en un diario de la capital, afecto a la política del Sr. Velasco, mejor dicho, perteneciente al Sr. Velasco puesto que él era el principal y casi único accionista, siendo la S. A. constituida una pura fórmula societaria.

Félix Capilla me felicitó por el trabajo, a la vez me indicó la proximidad de Junio, fecha en la que debía demostrar suficiencia en los dos últimos años del Bachillerato. Le agradecí el recuerdo, pero le hice constar que no tenía olvidados los programas, y que esperaba obtener buenas notas; nos separamos, él llevaba prisa, y yo fuí hacia casa, releendo el dichoso periódico por milésima vez y encontrando menos defectos; en resumen, me agradó el comienzo y pronto no ocupaban mi imaginación otras preocupaciones que las de poder llegar a ser un gran escritor.

Además, veía aumentar a cada momento en mis concepciones teorías novísimas que, por unas veces considerarlas yo mismo como descabelladas, procuraba olvidarlas; pero, en vano, se me aparecían más verdaderas, más necesarias de darlas a conocer. Si, en mis obligaciones propagandistas se encontraba la de explicar debidamente mi evolución psicológica y mi esfuerzo, símbolo arrollador de las pasiones terrenas.

Nota

(1) En lenguaje vulgar, en el general pensamiento, *hipocresías*.

>ARCHIVO ALOJADO EN LA PÁGINA WEB «NUESTRA REVOLUCIÓN»
>SECCIÓN: TEXTOS DE RAMIRO LEDESMA RAMOS
>DOCUMENTO: Sello_010